

Tarcus, Horacio.
*Las revistas culturales latinoamericanas.
Giro material, tramas intelectuales y redes
revisteriles.*

Temperley, Tren en Movimiento, 2020, 160 pp.,
ISBN 978-987-3789-74-8.

Alexandra Pita González*

La aparición de esta interesante obra lleva necesariamente a reflexionar sobre el avance que ha tenido en los últimos años el estudio de las revistas culturales en América Latina. Sin duda, es una subárea que ha avanzado mucho, aunque no siempre en la misma dirección. La que siguió Tarcus en este libro es fruto de años de estudio y de práctica, pues, en su caso, es difícil (e innecesario) deslindar cuándo sus palabras surgen de él como investigador o de él como gestor del rescate de las revistas, acción concentrada en la labor del CeDInCI. Esto le da un primer rasgo a la obra: es panorámica, en cuanto abarca una gran cantidad de títulos que se abordan comparativamente con sus autores.

Tal vez por esta experiencia, el autor destaca no solo la trayectoria de las revistas en un sentido de proceso histórico con sus cambios y permanencias, sino también el mundo editorial que las hace posible, visibilizando ese caudal de personas que a veces pasamos por alto al pensar en un dispositivo cultural y material como lo es este. A esto se suman las reflexiones sobre el campo intelectual, sin rehuir los debates en torno al sentido del intelectual. Por ello, el que a través de este análisis se incluyan aspectos autobiográficos de alguien que, como Horacio, tiene numerosas experiencias en hacer, estudiar y preservar revistas, no solo es atinado, sino también pertinente.

* Mexicana. Dra. en Historia. Profesora investigadora de la Universidad de Colima, México. ORCID: 0000-0003-1211-0365, apitag@uocol.mx.

El libro contribuye también a los estudios del tema, al realizar una completa bibliografía sobre revistas culturales, trabajo de sistematización que fue agrupado por países. Las cuarenta páginas que componen este apartado permiten corroborar que las revistas han dejado de ser una fuente de la que se extrae una que otra cita de tal o cual autor famoso, con el fin de convertirse en un documento histórico privilegiado para estudio de los intelectuales.

Quiero centrarme en algunos aspectos que me interesan como estudiosa de las redes intelectuales que se forman a través de las revistas culturales de la década de 1920. Tarcus aclara en el prefacio que las revistas pueden ser consideradas desde diversos ángulos, dependiendo de la disciplina desde la que fue pensada: la historia (en su sentido amplio o, específicamente, la historia del arte), la literatura, la sociología de la cultura, la semiología e incluso la comunicación y la antropología. Recuerda cómo la nueva historia intelectual se nutre de más de una de estas disciplinas y, con ello, explica de algún modo el que las revistas sean concebidas con distintos nombres, que van del laboratorio a la trama impresa, de la milicia a los programas, de las trincheras letradas a los artefactos culturales. Menciona, también, que pueden ser entendidas como nodos de redes y que existen redes entre revistas, a las que llama “redes revisteriles”.

Al abordar la relación entre campo intelectual y redes revisteriles enfatiza la importancia del proceso de profesionalización del escritor desde fines del siglo XIX. Así, delimita que ambos ciclos, el de este tipo de publicaciones y el de la profesionalización del escritor, van juntos e interactúan, porque la acumulación de capital cultural se realiza no solo de manera individual, sino también colectivamente, a través de alianzas con otras personas con las que conforman una red.

Siguiendo con esta lógica explicativa, es, por tanto, la disputa por la hegemonía lo que provoca alianzas y contiendas al interior del campo, el cual funciona con una “lógica propia y un lenguaje común”. A este campo único y singular de fuerza, donde se producen luchas sincrónicas entre revistas contemporáneas, lo denomina “campo revisteril”, subcampo del campo intelectual. Retomando a Pierre Bourdieu, aclara que no se trata de todas las revistas que existen en un momento determinado, porque este podría ser considerado un espacio neutro, sino de uno con un significado que se construye a sí

mismo a través de la sinergia (positiva o negativa) entre los grupos que conforman las revistas.

A este complejo panorama agrega una variante más (a partir de glosar a Raymond William): la necesidad de pensar la temporalidad de una revista no en sí misma (fundación, cambio de dirección, cierre), sino teniendo en cuenta las otras publicaciones. Así, lo que importa es delimitar, cuando una revista emerge, cuál es su posición frente a las otras revistas hegemónicas y contrahegemónicas, para entender cuánto tiempo le llevó disputar un lugar privilegiado y en qué momento se convirtió en una revista residual.

Todo esto me parece sumamente provocador, porque pone en jaque la mirada inocente de una publicación y provoca la necesidad (casi metódica) de pensarla desde una dimensión que conjuga el afuera y el adentro de manera permanente. Sin embargo, mi duda proviene del otro término utilizado, el de “redes revisteriles”, puesto que el lector puede entender por este solo el conjunto de revistas que actúan de manera colectiva en contra o a favor de otros conjuntos de revistas. Por tanto, me pregunto cómo pensar la interacción y complejidad de una publicación como red en sí misma y, al mismo tiempo, como un nodo que participa de una red de revistas. Otra duda más me surge: si pensamos que en una red debe existir un intercambio entre sus actores (sino no existe vínculo, ni red), ¿qué es lo que a tu juicio se intercambia al interior de una publicación como red y de una red de revistas?

Ahora bien, hay otro aspecto que me parece muy interesante en el libro y es la problematización de las revistas literarias y culturales. Efectivamente, las revistas académicas son señaladas en el texto como otro producto que rivaliza con las culturales, las que parecen desaparecer ante los desafíos de la regulación editorial/académica. En esas revistas las “acaloradas discusiones en el consejo editor sobre la pertinencia o no de la publicación de un artículo” (58) son reemplazadas por criterios de calidad científica que delimita un grupo de especialistas. Concuerdo con ello, pero creo que a veces el presentismo puede llevarnos a olvidar que, al igual que las revistas culturales, las académicas y científicas tienen una historia llena de tensiones y contradicciones, que no necesariamente marcan una línea de continuidad unívoca hasta donde estamos ahora. Es decir, que debemos pensar la historia de las revistas académicas más allá (o sin) los temi-

dos procesos de indización y monopolios de datos, porque muchas fueron creadas por intelectuales de renombre, que a su vez publicaban también en revistas culturales.